

Cada lector – lo sepa o no – lee según su propio recipiente personal. Solo los grandes libros – como los símbolos – son capaces de lo contrario: son ellos los que leen a sus lectores y los ponen en crisis, los alteran. Agradecemos mucho a estos 6 lectores su propia resonancia

1

“Obras son amores ...”

Desde dentro, una crítica a la escuela desde la pasión por ella

Jesús María Lecea (NA)

[Superior General escolapio de 2003 a 2009]

Escribo a punta de lápiz leyendo *Con la escuela hemos topado*, del escolapio J.L. Corzo. La escuela, o mejor, los que están en ella, sobre todo como alumnos, a pesar de tantas palabras laudatorias pronunciadas en los ambientes sociales e institucionales, seculares o eclesiásticos, en realidad no acaban de entrar en las prioridades políticas, institucionales públicas o privadas, a comenzar por la misma Iglesia. El libro denuncia este hecho lamentable y que avergüenza. Es una denuncia desde dentro, porque Corzo, por vocación y dedicación profesional, está dentro de la escuela y, si la interroga críticamente, lo hace desde dentro, no como francotirador o cómodo observador desde fuera.

Hay como una banalización de la escuela, presa deseada con intenciones espurias y domesticables en función de intereses creados – como los del poder económico e ideológico – o incluso proselitistas. El resultado es el descarte de muchos, que no entran en esos cálculos para ser potenciados y ahí está la cifra del fracaso escolar y del descarte, que hiera la dignidad de la persona, relegada a ser siempre sometida.

Hace ya unos años corrió el vaticinio de un humorista inglés sobre el futuro del mundo y, en concreto del qué y para qué de la escuela:



“No se tardará mucho en que para mantener el mundo y todas las necesidades de su población bastará la producción que hará el 25 % de sus habitantes. ¿Qué hacer con el 75 % restante?”, y respondía, “domesticarlos para que consuman y no se preocupen de más. Por ello la escuela se convierte en fábrica de tontos útiles”. Horrible presagio, pero... la escuela sigue enmarcada en clave competitiva y alejada de la realidad que vive la gran parte de la población y de los mismos chicos.

Sobran palabras laudatorias de su importancia y leyes educativas vacías e ineficaces, y documentos – también algunos eclesiásticos –, y controversias sobre derechos y tipos de escuela

– pública, concertada, privada –, y pactos educativos o escolares que nunca llegan a fraguar, y un largo etc. Este libro refleja bien la situación. Se justifica así, para salir de tal situación paralizante, la necesidad de una autocrítica en la escuela misma, desde dentro y con la mirada puesta también en el exterior, en lo que pasa en la vida.

Para no caer en mi denuncia de excesiva palabrería y no llegar a lo profundo de la finalidad de la escuela, me quedo con dos palabras centrales del libro que nos indican el camino: escuela *compensatoria e inserta en la realidad*.

Es necesario y clave compensar desigualdades en la escuela, pues su finalidad debería ser *compensatoria*, enfocada desde el alumno que queda atrás y dando prioridad al que, por las razones que sean, sufre desventajas. Evidentemente está en juego la dignidad de la persona, fin primordial de la escuela, tanto en la instrucción, lo más propio de la escuela, como en la educación.

Ya la instrucción implica educación, aunque esta la desborda pues está abierta a otros espacios y durante toda la vida.

El libro razona esta distinción entre instrucción y educación que da luz para entender lo que en cada caso es propio. En la instrucción y la educación cabe aplicar el principio filosófico analítico enunciado por el filósofo francés **Jacques Maritain** (1882-1973): distinguir para unir. Así lo pide además el desarrollo de la persona y la humanización de la sociedad, *meta soñada* que no es un objetivo teórico ni una utopía ideológica, sino el sueño de la realidad vital, histórica, cultural y religiosa.

Para poner en práctica la escuela compensatoria se necesita revisar lo que se ve como ideal y hacerlo a la luz de lo concreto. Escuela y mundo real han de estar siempre en diálogo y, hoy, la situación prácticamente generalizada de la escuela es no desarrollarse en clave compensatoria que, en ocasiones, no la entienden ni los que legislan.

Hay significativas excepciones, pero suelen juzgarse como utópicas e imposibles de generalizar. El libro nos ofrece una de ellas en forma de “Pedagogía narrativa”: relata la experiencia del autor con la “Casa-escuela Santiago Uno” de Salamanca (pp. 161-236) junto al recuerdo de otras a lo largo del texto referentes a **L. Milani** y **P. Freire**.

El mercadeo competitivo que regula el mundo, con base económica neoliberal, el desarrollismo a toda costa, acaba por adueñarse de la escuela y la hace selectiva y competitiva, dejando la puerta abierta a descartar al último, que también es persona y le debemos reconocimiento. La escuela instruyendo libera y la libertad es la clave de la dignidad humana.

Junto a *compensatoria* quiero resaltar escuela *inserta en la realidad*. Falta – y lo señala con fuerza el libro – una confrontación con la realidad, con lo que pasa en el mundo presente y en sus circunstancias, con lo que vive el chico o le afecta directamente (personal y familiarmente), a través de conocer y valorar en política, economía, desarrollo y subdesarrollo.

Es tarea de la escuela inserta en la realidad, como ha de ser, y no en una nube de teorías por muy bellas que sean, afrontar los desafíos de la vida personal y colectiva.

En esta dirección encontramos el puente entre instrucción y educación: conocer el mundo y las cosas de la vida hace posible que educarse sea en realidad “educarnos” (Freire). En efecto nos educamos juntos – y no se trata de educar a otros o educarse uno a sí mismo – al tener como referencia común lo que el mundo ofrece y al afrontarlo como es, sin falsificar su realidad.

Termino. La obra que es amor, no solo buena razón, es dignificar la escuela. Dignificar a quien por ella pasa, que deberían ser todos sin distinción, de forma igualatoria y compensatoria.